

giosos y motivos decorativos en los cuales se admitían también plantas y animales, y en estas representaciones más se buscaba la riqueza que la hermosura de formas. Estos retratos de santos, las escenas del Testamento antiguo y del nuevo, las procesiones, los ciclos bíblicos, sobre todo las escenas de la vida del Salvador, ejecutados por artistas en su mayor parte monjes que no buscaban ni elegancia ni naturalidad ni novedad, forman á pesar de las formas y posturas rígidas, momificadas, escuetas, ascéticas, humildes y desproporcionadas, la transición de la pintura antigua simbólica á la moderna histórica. Respecto del efecto, sin embargo, es preciso confesar que estos magníficos cuadros con todas las faltas indicadas imponen no solo por el brillo del oro y de los colores, sino también y principalmente por el carácter tranquilo, de aparición visionaria pero majestuosa de sus figuras. Así lo demuestran los mosaicos que se han conservado más ó menos completos ó deteriorados, de la época de Justiniano I, como los de Santa Sofía en Constantinopla, los de las iglesias de Rávena, y muy especialmente el de la cúpula de Santa Sofía en Salónica que representa la ascension de Jesús. En este último mosaico, dos ángeles sostienen un medallón con la figura del Salvador, pero de la cual solo se han conservado los pies, y al rededor y debajo se ven las figuras de la Virgen, de ángeles y de los apóstoles entre árboles que salen de un suelo multicolor. Un rasgo característico de estos mosaicos es que no tardó el azul del fondo en ser reemplazado por el oro, para lo cual los bizantinos soldaban al parecer una hojita de oro entre dos capas de vidrio, y de esta composición formaban las piezas. No hay que decir que para esta clase de trabajos se necesita una paciencia y asiduidad extraordinarias. Los bizantinos mostraron una gran minuciosidad mecánica en todas sus obras, y principalmente en las miniaturas con las cuales adornaban los manuscritos, en especial las obras de gran importancia, siendo de notar que en este ramo de pintura conservaron bastante tiempo las buenas tradiciones artísticas de la antigüedad.

Dadas estas condiciones del arte bizantino, se explica porqué los grandes sucesos políticos exteriores tuvieron tan poca influencia en su vida, mucho menos que las conmociones interiores, conforme veremos pronto al tratar de la contienda iconoclasta.

Para formar una idea acertada de la vida bizantina es menester estudiar, más que las artes y la literatura, las condiciones de su comercio que ocupaba innumerables personas y sobre el cual tenían influencia directa los sucesos exteriores ó interiores. La situación geográfica y la naturaleza física de los territorios del imperio, en especial del archipiélago griego y de las costas fenicias, habían estimulado en toda época á los habitantes de estos territorios á dedicarse á la navegación y al comercio, que con el tiempo habían llegado á concentrarse en el imperio romano y luego en el bizantino, hasta que las conquistas de los árabes destruyeron este inmenso monopolio.

Por esta razón la historia del comercio bizantino se divide naturalmente en dos grandes épocas, la anterior y la posterior á la conquista de la Siria y del Egipto y luego del Africa del Norte por los ejércitos de los califas.

Hasta estas grandes catástrofes el imperio bizantino conservó casi incólume la magnífica herencia mercantil que le había dejado el vasto imperio romano, á pesar de los grandes perjuicios que le habían ido causando y que continuamente le causaban las invasiones asoladoras y las depredaciones de los pueblos bárbaros del otro lado del Danubio. Sin embargo, tan luego como se establecía una tregua por corta que fuese, el comercio se reanimaba por aquel lado, y no dejaba de ser importante, porque aquellos pueblos apreciaban ex-

traordinariamente toda clase de productos industriales y naturales del Mediodía, dando en cambio maderas de construcción y otros materiales de los que necesitan acopiar las poblaciones marítimas, y sobre todo esclavos en gran número.

Era sin embargo de mucha mayor importancia para los bizantinos el comercio con el Asia Oriental por las vías terrestres, comercio que desarrollado en tiempo de los emperadores romanos se mantuvo en la misma actividad que antes mientras el imperio de Oriente fué dueño de los países del Mediterráneo, es decir, hasta más de la mitad del siglo VII. Hasta entonces el imperio y los pueblos de Occidente, se proveían por las vías de tierra de los productos anhelados de la India, principalmente los aromas, las especias, y sobre todo la pimienta. Estos productos iban á Constantinopla por la Persia, aunque también los solía recibir por la vía marítima, es decir, por el golfo Pérsico y el Mar Rojo. Los tejidos de seda chinos, tan solicitados, venían en parte por Ceilan por mar hasta el Egipto ó hasta la Siria y en parte por tierra en grandes caravanas que se dirigían á los puertos del Mar Caspio. Desde allí se expedían las mercancías á las plazas de Artaxata, Nisibe, Raca (antes Calinoco) á orillas del Eufrates, que las recibían también por mar por el golfo Pérsico y las enviaban á los puertos del Mediterráneo.

La hostilidad casi constante entre los reyes sasánidas de Persia y los emperadores de Constantinopla, impulsó á Justiniano I desde el año 532 á buscar otra vía por donde pudiesen llegar al Occidente los géneros de seda chinos; y no encontrándola, trató con buen éxito de introducir el cultivo del gusano de seda en su propio imperio. Para ello aprovechó los conocimientos de varios monjes que por el año 552 como misioneros atrevidos llegaron hasta los distritos sederos del centro del Asia, donde consiguieron, probablemente en Jotan (Khotan) adquirir simiente del precioso gusano. Mucho entorpeció el mismo Justiniano el desarrollo de esta nueva industria haciéndola monopolio del gobierno; pero en el transcurso del tiempo resultó esta empresa la obra más fecunda de su reinado, porque generalizándose pronto la cría del gusano y la fabricación de tejidos de seda, una y otra aumentaron poderosamente el bienestar de los pueblos que componían el imperio bizantino. Esta nueva y poderosa fuente de riqueza no se extendió de una vez por todas las provincias, como puede pensarse, y antes de que llegaran sus productos á bastar para el consumo interior y la exportación á los países del Occidente, pasaron muchos decenios. Primero se extendió por la Siria, y cuando allí las plantaciones de moreras llegaron ya á generalizarse en grande escala, y las ciudades industriales, como Tiro y Beirut, adquirieron una nueva prosperidad con la elaboración de la seda indígena é importada, se fueron pasando á paso extendiendo el cultivo y la fabricación á las otras provincias, á pesar de hacerse todavía la cría del gusano, el hilado, el tejido y el tinte por cuenta del Estado.

El consumo que hacia la corte de Constantinopla de estos géneros, como de otros productos del Asia, era grandísimo, no solamente para el lujo de la corte, sino también para fines políticos internacionales, porque la astuta diplomacia bizantina en sus negociaciones con los jefes bárbaros, y también con potentados más civilizados y personajes influyentes del clero, se servía mucho de la poderosa palanca de los regalos, figurando entonces entre los más preciosos y apreciados los productos del Oriente, tejidos de seda, piedras finas, pimienta y otros. Al mismo tiempo el aliciente y la necesidad de poseer estos géneros obligaban á las provincias occidentales del imperio á conservarse unidas á él, para no verse privadas de artículos que por ninguna otra vía podían obtener; porque en las ciudades marítimas de Italia no había ni

capital ni espíritu de empresa suficientes, ni noticias y relaciones bastantes para ir á buscar directamente todos estos géneros de que les proveían los buques mercantes griegos.

Las plazas en que se concentraba el comercio con Oriente, lo mismo que las principales de la península balcánica como Constantinopla y Salónica, eran al propio tiempo y por las mismas causas las fortalezas y baluartes principales del imperio. Constantinopla era el emporio del comercio con los países y pueblos ribereños del Mar Negro, con los de la cuenca del Danubio, con los del Asia Menor, de la Siria, y por esta última con los pueblos africanos más meridionales; y este vastísimo comercio de la capital, que sin cesar iba aumentando y extendiéndose más lejos, fué siempre el que más contribuyó á la prosperidad mercantil y material del imperio; de suerte que realmente mereció el brazo de mar que sirve de puerto á Constantinopla, el nombre de Cuerno de Oro ó *Crisoceras* como se llamó en griego. A este brazo de mar, y á las demás condiciones geográficas de su situación y topografía debió Constantinopla ser considerada, admirada y codiciada como emporio de incomparables riquezas y poderío tanto por los pueblos bárbaros, como por los civilizados establecidos en el vasto perímetro del gran imperio.

El gran comercio bizantino estaba concentrado principalmente en manos de los sirios, griegos y judíos. Hasta la conquista por los árabes fué la Siria una de las provincias más ricas y prósperas del imperio; sus fábricas de sederías, tintes y otras, así como sus grandes ferias, gozaban de inmensa fama; y tan floreciente era este país, que las monedas locales que acuñaban las diferentes ciudades sirias, bastaron para las transacciones de todo el país durante larguísimo tiempo bajo el dominio árabe hasta que el califa Abdelmelic en el año 695 reemplazó las monedas sirias locales por otras árabes de oro y de plata, acuñadas expresamente para este objeto. Los puertos griegos cultivaban principalmente el comercio con Italia, España, el imperio franco y en general con el Occidente, al cual proveían de los géneros chinos, indios y de Levante. Comerciantes griegos llevaban sus mercancías hasta Orleans y París, y aun se establecieron algunos en estas ciudades. Para las relaciones con el interior del imperio franco era Marsella el puerto principal, que de consiguiente estaba en íntimas relaciones con el imperio bizantino. En todas partes hacían los judíos la competencia á los sirios y griegos.

El dilatado comercio bizantino exigía un sistema monetario bien organizado y solícitamente dirigido. Por esto todos los emperadores con pocas excepciones cuidaron de conservar con minuciosa atención el peso y la ley de las monedas hasta que desquició el imperio la fatal catástrofe que le causó la cuarta cruzada en el año 1204. Tratándose de sumas importantes, el comercio y el mismo tesoro imperial admitían oro y plata en barras; el valor relativo entre estos dos metales estaba fijado por una ley del año 397 en la proporción de 1 á 14,40. La base del sistema monetario era el sólido bizantino, llamado *nomisma*, creado por Constantino el Grande en el año 312. Era de oro, pesaba 4,55 gramos y valía 15,875 pesetas aproximadamente. Las demás monedas se ajustaban á este tipo; las había de dos y aun de tres sólidos, y además las menores, como el *semision*, el *trimision*, y el *tetárteron*, todas de oro, que eran respectivamente la mitad, la tercera y la cuarta parte de un sólido. Las monedas de plata eran principalmente el *miliaresio* y el *ceracio*, el primero del valor de la dozava parte de sólido, y el segundo de la vigésima cuarta. Estas eran las monedas con que se solía pagar el sueldo de la tropa. El tipo de las monedas de oro era invariable y fijo; pero el valor de las de plata variaba con las dificultades políticas y financieras de los diferentes gobiernos, á lo cual se agregaba la considerable extracción de plata

que muchas veces exigía, en el imperio bizantino como en el romano, el comercio con el Asia oriental. La moneda de cobre era naturalmente la más abundante, aunque también pasó por crisis grandes y peligrosas. Ya en el curso de los últimos siglos, antes de dividirse el imperio romano en los de Oriente y de Occidente, se había acuñado tanta moneda de cobre, que paso á paso experimentó una depreciación cada vez mayor. Así en el año 395 el gobierno dejó fuera de curso todas las monedas grandes de cobre, quedando solo las pequeñas, y para restablecer el orden en el sistema monetario, por supuesto sin indemnizar á nadie, fijó el valor relativo de la moneda de cobre en 25 libras por sólido. Pero en la segunda mitad del siglo V sufrió la moneda de cobre una nueva depreciación por falta de peso; de suerte que el emperador Anastasio I en 498 tuvo que refundir la moneda existente y acuñar una nueva moneda de cobre de buena ley para acabar con la confusión y los inconvenientes graves que causaba la moneda mala al comercio. Las monedas nuevas grandes y pequeñas llevaban marcadas en un lado en letras claras el valor que representaban, y se sostuvieron con algunas oscilaciones en su valor hasta la reforma monetaria que hizo Basilio I en la segunda mitad del siglo IX.

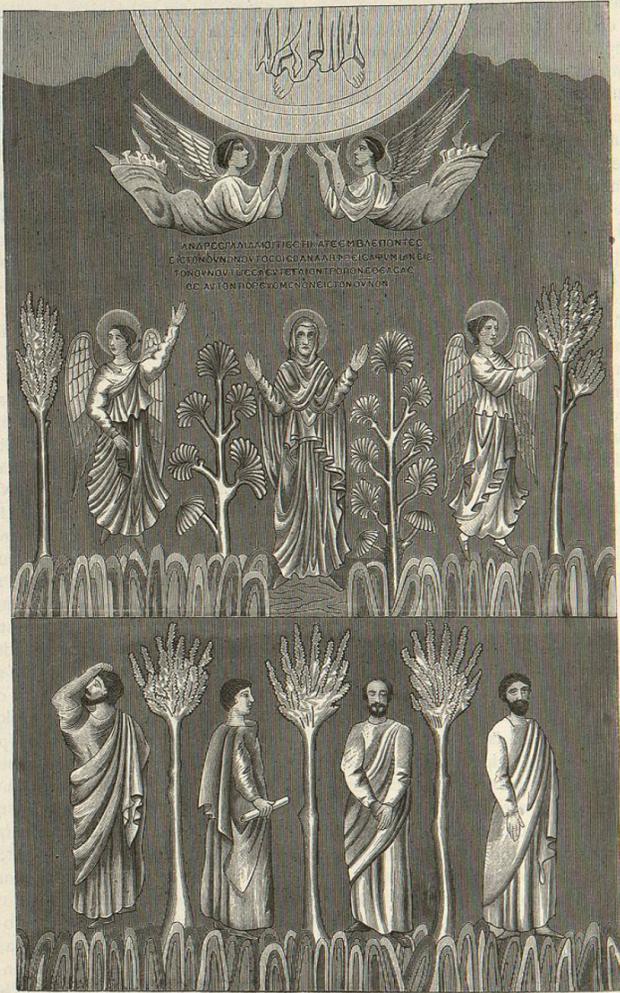
Con la invasión mahometana empezó un larguísimo período de duras pruebas para el floreciente comercio bizantino; la sucesiva pérdida de las provincias más civilizadas, más productivas y más consumidoras desde el Mediodía de la Armenia hasta Tánger, el Algarbe y los Pirineos, unida á la transformación de las provincias restantes en una especie de vasto campamento fortificado, continuamente asediado por los enemigos, conmovió y debilitó las fuerzas materiales de los bizantinos en todos conceptos. La pérdida de la opulenta Alejandria, de todo el Egipto y del Norte de Africa, graneros del imperio, era irremediable; y mucho tiempo pasó antes de que la inmensa baja causada solamente por la pérdida de la Siria en el balance del comercio quedara resarcida por un aumento de tráfico en otras partes. Para esto era indispensable asegurar ante todo el Asia Menor poniéndola al abrigo de las invasiones de los árabes, y restablecer la tranquilidad en las provincias europeas defendiéndolas contra las horribles correrías de los eslavos, lo cual solo se consiguió con la admisión de estos en el imperio y su conversión á la religión cristiana á mediados del siglo IX. Solo después de esta transformación volvieron á florecer las provincias propiamente griegas, donde adquirieron gran vuelo la agricultura y las industrias, principalmente la sedería. La creciente prosperidad se aumentó cuando en los primeros decenios del siglo XI los emperadores consiguieron reconquistar por un largo período las fronteras del Danubio y del Save; pero esto sucedió mucho después de haber quedado dominada la crisis principal, y de haberse resarcido el imperio de las inmensas pérdidas de riqueza que le habían causado las conquistas de los árabes. Entre estas pérdidas no fué la menor la terrible competencia que los musulmanes hicieron al comercio bizantino en todo el Oriente, tan luego como hubieron salido del período del mayor fanatismo religioso y de las luchas interiores entre los pretendientes al califato, cuando en tiempo de los califas abasidas empezó á florecer su nueva y magnífica metrópoli de Bagdad á orillas del Tigris.

La tenacidad característica de los bizantinos salió también victoriosa de esta lucha titánica, en la cual tuvieron por auxiliares poderosos el afán del lucro, el lujo y el hábito del consumo, que vencieron todos los escrúpulos religiosos. Los comerciantes bizantinos visitaron impertérritos las plazas que bajo el dominio de los califas continuaron siendo los grandes depósitos de los productos industriales y agrícolas del Asia, como entre otras Alejandria y Antioquia, mientras los tra-

cantes armenios y musulmanes acudían a su vez a las plazas mercantiles del imperio bizantino, como Trebisonda, que había adquirido gran importancia. El comercio al por mayor continuó en manos de los griegos, cuyas flotas mercantes conservaron la superioridad en el Mediterráneo, y dominaban en absoluto en el Mar Negro, con el cual confinaban por el Norte los cazares, pueblo amigo del imperio, por cuyo territorio pasaba el camino septentrional que recorrían también caravanas del Asia sin tocar en territorios mahometanos.

Durante un larguísimo período fueron, pues, los griegos los agentes intermedios que proveían a los países occidentales de los productos asiáticos, hasta que los italianos empezaron a hacerles competencia. No por esto menguó la importancia de los grandes emporios del comercio bizantino en Europa, como Constantinopla, Querson en la Crimea y Salónica, capital de Macedonia, hasta que los turcos borraron del mapa el imperio de Oriente.

Varios emperadores perjudicaron mucho al comercio bi-



Una parte del mosaico que adorna la cúpula de Santa Sofía de Salónica. Representa la Ascension del Señor

zantino en beneficio de sus competidores los dálmatas e italianos, monopolizando diferentes industrias y productos, limitando temporalmente la esfera de varios comercios en beneficio de ciertas personas a quienes querían favorecer, y finalmente poniendo trabas con disposiciones molestas al tráfico de cereales entre las mismas provincias del imperio.

De todo lo que hemos expuesto sobre las luchas religiosas, las guerras, las artes y el comercio del imperio bizantino, se

infirió que allí se había formado una civilización especialísima de una fuerza atractiva y asimiladora poderosa, a la cual resistían pocos de los extranjeros, individuos o pueblos que llegaron dentro de su círculo de atracción o se establecieron en su territorio. Lo más curioso es que al lado de esta civilización tan especial se formó otra no menos particular y característica: la civilización árabe del imperio de los califas, que a pesar del fanatismo religioso y del régimen despótico de los sucesores del profeta, admitió algunos elementos de la

civilización bizantina. Entre tanto al Norte y Oeste de esta última y al lado de los pueblos románicos se removieron hordas y pueblos bárbaros, especie de protoplasma de las futuras naciones germánicas y eslavas, que dieron lugar a las naciones neo-latinas.

Uno de los rasgos fundamentales de la civilización bizantina fué su tendencia a grecizarse más y más, sobre todo después que hubo perdido las provincias semíticas y las africanas. En el siglo VII la lengua griega reemplazó a la latina en el ejército, y se efectuó una transformación análoga en todos los ramos de la administración civil, tanto que desde el reinado del emperador Mauricio, el idioma griego fué siempre el oficial, en el cual se publicaron todos los decretos y disposiciones del gobierno, conservándose finalmente solo algunos títulos y nombres de dignidades latinos, bien que grotescamente grecizados, como testigos ruinosos y solitarios de la antigua civilización romana. En el reinado de Anastasio I se indicó en las monedas bizantinas de cobre su valor con letras griegas; en el de Heraclio se introdujeron en ellas inscripciones en idioma griego; y en el siglo VIII se reemplazó el título romano de *augustus* con el de *basileus* y *despotes*. A medida que la civilización bizantina se divorció de la romana, se dibujaron más los elementos orientales que había admitido, como los reinos orientales que nacieron del imperio de Alejandro Magno habían admitido elementos griegos. Por otra parte debieron de dejar en la civilización bizantina algunas huellas tantos pueblos heterogéneos, en particular los eslavos, como el imperio había ido absorbiendo. A consecuencia de la formación del imperio franco de Carlo Magno en el Occidente a fines del siglo VIII, y del divorcio con el papado de Roma a fines del siglo IX, se replegó más sobre sí mismo el imperio bizantino, separado por lo demás materialmente del resto de Europa durante muchas generaciones por los búlgaros en la época del mayor poderío de estos, y se particularizó cada vez más, desarrollando su fisonomía y su carácter propios.

A pesar de todas sus imperfecciones, la civilización bizantina fué siempre inmensamente superior a la de casi todos los pueblos y naciones que confinaban con el imperio. Hasta el postrer momento las familias principales de otros pueblos consideraron a Constantinopla como la más alta escuela de educación, y tuvieron a dicha poder enviar allí a sus hijos en calidad de rehenes, bien que juzgada aquella civilización desde nuestro punto de vista, presenta en todo tiempo muchos puntos negros. Al lado de la cultura refinada y cristiana, y de rasgos verdaderamente humanitarios, continuaba todavía una corriente de barbarie que de cuando en cuando se manifestaba de una manera terrorífica. Aun prescindiendo de las explosiones espantosas de la ferocidad primitiva de las masas, como cuando el pueblo expulsó de Constantinopla a los italianos, y cuando asesinó a Andrónico Comneno, en cuyas ocasiones ocurrieron escenas tan horribles como no las registra peores la historia de ningún pueblo antiguo ni moderno, los bizantinos no tenían motivo para criticar ni a los árabes ni a los francos, pues que estos les podían echar en cara las crueldades inauditas que las personas cristianísimas más distinguidas cometieron en ocasiones con sus enemigos extranjeros, sin contar las horribles e inicuas penas que imponían sus leyes a ciertos delincuentes. Aunque no se fulminaban ya aquellas sentencias de muerte en masa que tan a la ligera pronunciaban los emperadores romanos en los últimos siglos del imperio, se aplicaba con espantosa facilidad un sistema repugnante de mutilaciones, y muy particularmente desde el siglo VIII el de sacar los ojos, que en ningún país del mundo se ha empleado con igual prodigalidad. Incomprensible era para los pueblos latinos, y aun para los

germánicos, la falta de caballerosidad y de pundonor en ciertos casos de los bizantinos más encumbrados y cultos. Aun en los reinados de los emperadores más humanos, los azotes con látigo y palo eran un castigo corriente en aquella corte, la más civilizada entonces, castigos que se aplicaban en público, generalmente por delitos políticos, a altos funcionarios, a clérigos y aun a grandes señoras, sin que por esto padeciesen su categoría ni la consideración de que gozaban en la sociedad. Bajo este último concepto mejoró algo el carácter bizantino cuando se introdujeron en el imperio las formas y costumbres de la nobleza del Occidente, es decir, en tiempo de los Comnenos que conoceremos más adelante.

### CAPÍTULO III

#### EL EPISODIO DE LOS ICONOCLASTAS. LA DINASTIA MACEDONIA

El emperador Leon III, con la brillante defensa de Constantinopla contra las formidables fuerzas árabes terrestres y marítimas, había probado que merecía la diadema imperial que ceñía su frente; pero además se inmortalizó como reformador del imperio por su extraordinario talento de organización. Desgraciadamente estos méritos quedaron oscurecidos, y aun cayeron en completo olvido por espacio de siglos a consecuencia de la terrible lucha religiosa que encendió con sus medidas. Aquel hombre extraordinario, conociendo y queriendo remediar el mal que había llevado al imperio al borde de su ruina, emprendió su grande y admirable trabajo de reforma. Los griegos de hoy, que se dedican con patriótico afán a estudiar su Edad media bizantina, han sacado a este gran emperador del inmerecido olvido en que había quedado hasta hace poco, y en su admiración, lo presentan como el reformador más ilustre de todos los tiempos, atribuyéndole ideas que no han principiado a tomar forma y vida sino en época relativamente moderna. Nosotros no entraremos en este campo y nos limitaremos aquí a trazar a grandes rasgos las obras que realizó y de las cuales la historia ha conservado las huellas y la memoria.

Tal como se había constituido y organizado el imperio bizantino y tal como era el carácter del pueblo, no había que pensar en una transformación radical ni en lo político, ni en lo social ni en lo religioso; pero lo que racional y humanamente era posible hacer, en las condiciones y con los materiales a la sazón existentes, lo realizó Leon III. Su primer trabajo fué poner la fuerza armada del imperio otra vez a una altura desde la cual pudo hacer frente y dominar todos los peligros; y tan buen éxito tuvo en esta tarea, que alcanzó con sus nuevos ejércitos victorias grandísimas. Así renacieron el entusiasmo, la conciencia de la propia fuerza y la confianza, que se transmitieron a las generaciones sucesivas juntamente con la memoria de sus hechos de armas gloriosos; fruto del restablecimiento de una disciplina rígida y de la creación de un excelente estado mayor.

Desde el tiempo de Diocleciano y Constantino los emperadores romanos y luego siguiendo su ejemplo los de Constantinopla habían abandonado el régimen puramente militar, es decir el sistema de confiar el gobierno de cada provincia a un prefecto o capitán general que reunía en sus manos la administración militar, la civil y el ramo de hacienda.

En adelante fué separado el ramo civil del militar, recibiendo cada uno su organización y personal especiales; pero ya en tiempo de Justiniano I se había hecho necesario volver al sistema puramente militar o de lugartenencias en algunas provincias, particularmente en el Asia Menor; y desde el siglo VII los emperadores, probablemente desde Heraclio, impulsados por las circunstancias gravísimas por que atrave-